

un patriotismo que era para él un cargo, y tan llenos de ideas teóricas que no cuadraban á su genio práctico y sencillo, limitándose á dar directamente sus consejos al emperador Alejandro, logrando raras veces que prevalecieran entre el caos de los dictámenes contrarios, y ya cruelmente castigado de su culpa con la posición falsa, molesta, casi humillante, que tenia en medio de los enemigos de su patria.

El general Jomini, suizo de nacimiento, escritor militar de mérito superior, y oficial de estado mayor en la práctica de la guerra, de un juicio tan seguro como elevado, ya en Ulma, ya en el Berezina, ya en Bautzen, prestó al ejército francés mal recompensados servicios. Especialmente en Bautzen, despues de señalar al mariscal Ney el verdadero punto adonde convenia emprender la marcha, recibió un castigo en vez de un premio, á causa de los malos oficios del príncipe mayor general, cuya susceptibilidad habia herido á menudo. Vivo, irritable, habiendo querido muchas veces hacer dimision de su cargo y entrar al servicio de Rusia, que se habia apresurado á responder favorablemente á sus deseos, no se supo contener al experimentar la última ofensa que se acababa de inferirle, y durante el armisticio se pasó á los rusos, sin llevar, como se ha dicho, planes que ignoraba, sin faltar á su patria, puesto que era natural de Suiza, si bien incurriendo en el yerro de no sacrificar agravios aun fundados á una antigua confraternidad de armas, y preparándose así pesares que debian entristecer su vida. Alejandro, conocedor de su mérito, le hizo la mas brillante acogida al verle á su lado. Allí hablaba sin rebozo, con el

calor de un espíritu ardiente y poseido de convencimiento, desagradaba á los generales aliados con encomios á Napoleon y á los franceses á quienes casi sentia haber abandonado, y sin contemplaciones censuraba todos los proyectos militares que en Trachenberg se habian convenido. No le costó trabajo probar al emperador Alejandro que marchar sobre Leipsick era una insigne locura; que situarse sobre las comunicaciones del enemigo cuando se tenia la seguridad de no comprometer las propias, y no se receleba un encuentro decisivo, podia ser una excelente manera de maniobrar, pero que no era este el caso, porque ya en Leipsick, se correria el riesgo de ser cortados del a Bohemia, se tendria á Napoleon sobre la espalda y á a cabeza de trescientos mil hombres siempre victoriosos hasta entonces, y si en esta posición se perdia una batalla, no tornarian ya los vencidos, estando ocupada por Napoleon la Bohemia, y teniendo en sus terribles manos el Elba hasta Hamburgo. Consultado el general Moreau halló este dictámen perfectamente exacto, y renuncióse á marchar sobre Leipsick de resultas. En vez de apoyar á la izquierda determinóse apoyar á la derecha y acercarse á las márgenes del Elba. Las dos primeras columnas, una de las cuales habia pasado por Peterswalde y otra por Zinnwald y Altersberg, caminaron muy cerca de Dresde; pero hubo necesidad de llevar la tercera por Marienberg y Sayda á Dippoldiswalde, y la cuarta por Zwickau y Chemnitz á Tharandt. De este modo se trasladaron sobre Dresde, sin saber lo que harian allí á punto fijo; pero, permaneciendo pegados de continuo á las montañas de Bohemia, tenian la seguridad de conservar sus comunicacio-

nes, de ser como una espada de Democles suspendida sobre la cabeza de Napoleon, y de poder en caso necesario, y si la ocasion se presentaba propicia, arrojarse sobre Dresde y tomarla, causando así el mayor daño posible á los franceses. Mientras se ejecutaba este movimiento trasversal de izquierda á derecha, siguiendo la falda del Erz-Gebirge, se supo la aparicion de Napoleon en Bohemia, circunstancia que hizo temer su marcha sobre Praga, y puso mas de manifiesto la conveniencia de retroceder camino hácia el Elba. Luego ya en Dippoldiswalde, conocióse la marcha de Napoleon sobre el Bober y la situacion peligrosa de Blucher. Este era el caso de intentar algo, y de aprovecharse de la ausencia de Napoleon para descargar un gran golpe, para apoderarse por ejemplo de Dresde, lo cual aconsejaban los espíritus atrevidos, y temian los espíritus pusilánimes, y harian depender los espíritus juiciosos como el de Moreau del estado en que se hallasen las defensas de esta ciudad.

De este modo el grande ejército de los coaligados habia llegado á desplegar sus masas imponentes en torno de la hermosa capital de Sajonia. Primero descubrióse la columna rusa de Wittgenstein, que bajando mas cerca del Elba por Peterswalde, encontró al mariscal Saint-Cir delante del campo de Pirna. Lo que se llama campo de Pirna consiste en una meseta bastante elevada, pegada al Elba, cortada casi por todas partes á pico, apoyada hácia la izquierda en el fuerte de Koenigstein, y hácia la derecha en el castillo de Sonnenstein y en la ciudad de Pirna. Despues de cruzar las montañas el camino real de Bohemia por Peterswalde, se mete hácia Hollendorf en caminos hondos, lue-

go vuelve á subir hácia Berg-Gieshubel á otra meseta mas abajo de la de Pirna, pasa casi bajo su fuego, si bien á una distancia que hace el transito posible, de modo que la posicion de Pirna, invencible por su esencia, no facilita el medio de obstruir absolutamente el camino de Peterswalde. Solo si un ejército establecido en la posicion esta, además de tener un asilo seguro en el campo de Pirna, halla tambien allí un puesto desde donde puede molestar y aun detener, maniobrando con acierto, al enemigo, que aspira á seguir el camino de Peterswalde, ora para bajar á Sajonia, ora para volver á subir á Bohemia.

Despues de ocupar el mariscal Saint-Cir con su su primera division los fuertes de Koenigstein y de Lilienstein, entre los cuales se habia echado un puente sobre el Elba, situó su segunda division en el camino de Peterswalde, de modo de contener la marcha del enemigo, y de poderse replegar á tenor de las órdenes que tenia sobre Dresde. Esta segunda division habia defendido palmo á palmo la meseta de Berg-Gieshubel, con notable aplomo en soldados apenas formados. Durante este tiempo la tercera division del mariscal Saint-Cir observaba el otro desemboque, el que desde Toeplitz viene á pasar á Zinnwald, Altenberg y Dippoldiswalde, y finalmente la cuarta, situada á la derecha de este último punto, y vigilando el camino real de Freyberg, servia de apoyo al general Pajol, que andaba á sablazos con las vanguardias de la caballeria austriaca procedentes de los desemboques mas lejanos.

Habiendo confiado el mariscal Saint-Cir el dia 23 de agosto, segun acaba de decirse, á su segun-

da division. 42.^a del ejército, la custodia de los dos fuertes de Koenigstein y de Lihenstein, y todos los puestos de las márgenes del Elba, á fin de impedir que el enemigo pasara de una orilla á otra, se replegó ordenadamente á Dresde, donde además de la guarnicion, se encontraban tres divisiones de infantería, la caballería de Lheritiér y la de Pajol. Estas fuerzas, apoyadas en obras de campaña y en las defensas de la ciudad, eran capaces de oponer una resistencia seria al enemigo, aun cuando contara ciento cincuenta mil hombres desde los primeros dias y doscientos mil en los siguientes. Las tres divisiones del mariscal Saint-Cir no debian tener menos de veinte y uno ó veinte y dos mil hombres (1). De la guarnicion se podian sacar cinco ó

(1) Con su espíritu por lo comun poco indulgente, y con el deseo de justificar su papel durante la campaña de 1813, ha presentado inexactamente el mariscal Saint-Cir los sucesos de este año en sus Memorias, notabilísimas por otra parte. Su intento ha sido probar donde quiera que Napoleón no tenia plan alguno, que á nada habia provisto, y que en ninguna parte habia fuerzas suficientes. Así supone que su segunda division tendria cinco mil hombres á lo sumo, lo cual reduciria á quince mil soldados las tres divisiones encargadas de la defensa de Dresde. Estos asertos son inexactos, porque las divisiones del mariscal se componian de doce batallones, y suponiendo que estos batallones, que aun no se habian batido, contasen no mas que quinientos hombres cada uno, sumaran en totalidad seis mil hombres. Ahora bien la division 42.^a (segunda del mariscal Saint-Cir) se halló á las órdenes del general Mouton-Duvernet el 29 por la mañana en Kulma con mas de ocho mil hombres en batalla, lo cual resulta de una lista pasada el dia mismo é inserta por el general Haxo en la relacion circunstanciada sobre el lance de Kulma. No es pues admisible que las otras no contaran mas de cinco

seis mil soldados, á la verdad alemanes algunos, para trasladarlos á la orilla izquierda, y bien podian juntar los generales Lheritiér y Pajol unos cuatro mil caballos. Así el mariscal Saint-Cir disponia de treinta y uno á treinta y dos mil hombres, con mucha artillería montada para ayudar á la artillería de posicion. De consiguiente poseia medios para disputar la plaza al enemigo, y dar tiempo á Napoleón de maniobrar en torno de ella, como lo juzgara mas útil al mayor bien de las operaciones.

Sobre tal estado de cosas fundó Napoleón sus cálculos al recibir en Górlitz el pormenor de lo acontecido á la parte de Dresde. No podia saber todo lo que acaba de ser expuesto acerca de los movimientos del enemigo, si bien por la presencia de masas considerables á espaldas de Dresde sabia que entre los diversos planes posibles habian escogido los coaligados el consistente en rebasarle, trasladándose á la orilla izquierda del Elba y bajando á Sajonia por Peterswalde. Habiendo previsto este movimiento como uno de los mas verosímiles habia situado en Dresde, segun se acaba de ver, con qué rechazar un primer ataque y con qué detener al grande ejército del principe de Schwarzenberg muchos dias al menos. Estos datos seguros le bastaban, é imaginó al punto una de las combinaciones mas bellas y mas formidables que bro-

mil hombres. No es exageracion calcularlas siete mil, y sobre todo al principio de las operaciones, lo cual supondria seiscientos hombres á cada batallon, poco mas ó menos. De consiguiente, solo en infantería de su cuerpo, y sin incluir la division dejada en Koenigstein, debió tener el mariscal Saint-Cir veinte y un mil ó veinte y dos mil hombres sobre Dresde.

taron jamás de su genio, y que, si era ejecutada á tenor de sus miras, podia terminar la guerra en un dia solo con uno de los mas terribles golpes que hubiese descargado nunca.

Napoleon volvia de Silesia precedido ó seguido por las masas mas movibles de su ejército que hacia refluir hácia el Elba. Para rebasarle el contrario habia cruzado este rio en lo interior de Bohemia, al amparo de las montañas que separan su territorio del de Sajonia. Convenia castigarle de este movimiento temerario volviendo á pasar el Elba y echándosele encima con masas abrumadoras. Dueño de los puentes de Dresde, podia Napoleon cruzar tranquilamente el rio por este punto, y acometer de frente á los coaligados llevando consigo cien mil hombres, y repelerlos violentamente hácia las montañas de donde eran venidos. Pero con aquel golpe de vista exclusivamente suyo, alcanzó á Napoleon que habia cosa mejor que poner por obra. En vez de desembocar de frente por Dresde, lo cual solo diera márgen á un ataque directo, resolvió remontarse á Koenigstein, que habia ocupado de antemano, y abastecido, y enlazado á la roca de Lilienstein por un puente de barcas, y establecerse en Pirna, despues de cruzar el Elba por aquel sitio, é interceptar la calzada de Peterswalde, y bajar de seguida sobre las espaldas del enemigo con ciento cuarenta mil hombres, y empujarle sobre Dresde, y cogerle de este modo entre el ejército francés y el Elba. Si se lograba este plan extraordinario al par que sencillo, y que una admirable prevision habia hecho practicable, asegurándose de antemano de todos los pasos del Elba, y no se concibe lo que pudiera impedir que

se lograra, cabia en lo posible que no quedase coalicion al cabo de tres ó cuatro dias, pues podian caer prisioneros sus ejércitos y sus soberanos.

Con el espíritu inflamado por la meditacion de este plan, apresuróse Napoleon á escribir en cifra á Mr. de Basano, para exponerle la formidable combinacion recién ideada, y recomendarle que la guardara profundamente secreta, al par que dispusiera á todo el mundo á coadjuvar á su logro, haciendo que se tuviera paciencia hasta que llegasen los socorros, pues iba á emplear dos dias por lo menos en concentrarse en Koenigstein, y en multiplicar allí los medios de paso, para facilitar el movimiento de los ciento cuarenta mil hombres que llevaba y en apostarse por último convenientemente sobre la calzada de Peterswalde. Tambien escribió al mariscal Saint-Cir á fin de trazarle una vez mas todos los medios de defensa que presentaba la ciudad de Dresde, y fué el 25 de agosto á establecerse en Stolpen sobre la derecha del rio, á igual distancia de Koenigstein y de la capital de Sajonia. Allí hizo refluir á cuantos abandonaron á Zittau para tomar la vuelta del Elba, y á cuantos llegaban de las orillas del Bober con el propio destino.

Establecido en Stolpen dió á tenor del nuevo plan todas sus disposiciones. Ya el cuerpo de Vandamme, fuerte de tres divisiones, se habia replegado sobre Koenigstein á la primera aparicion del grande ejército de los coaligados. La mitad de una de sus divisiones, la del general Teste, se habia desparramado á lo largo del Elba, de Koenigstein á Dresde, para impedir que el contrario tornara á pasar el rio y mantenerle encerrado en la orilla izquierda. Napoleon dejó esta media division en su

puesto, y reforzóla con una numerosa caballería, ordenándola que impidiera el establecimiento de toda clase de puentes. A Vandamme previno que con sus otras dos divisiones pasara por el puente echado entre Koenigstein y Lilienstein, y asaltara el campo de Pirna, bajo el cual habia desfilado el enemigo sin ocuparlo con fuerza bastante, y lo señoreara, y allegara allí la primera division de Saint-Cir, la de Mouton-Duvernet, dejada en Pirna, y fuera á ponerse á caballo sobre la calzada de Peterswalde. Asi debia tener además de sus dos divisiones la mitad de la otra de Teste y la primera de Saint-Cir. Para proporcionarle cuatro divisiones enteras tomó Napoleon al mariscal Victor la brigada del príncipe de Reuss, y agregó á ella la caballería de Corbineau, lo cual componia un cuerpo de mas de cuarenta mil hombres, treinta y seis mil de ellos de infantería y cerca de cinco mil de caballería. De seguida dispuso á toda su Guardia y al mariscal Victor vuelto de Zittau junto á Stolpen de modo de seguir al general Vandamme tan luego como se apoderara del campo de Pirna, aceleró la marcha del mariscal Marmont, é hizo reunir todas las barcas que se pudieron haber á las manos, para echar entre Koenigstein y Lilienstein dos puentes suplementarios. Establecidos estos, con el general Vandamme, con Victor, la Guardia imperial y Marmont, debia tener bajo la mano ciento veinte mil hombres que lanzar sobre las espaldas del enemigo. Su proyecto consistia en repasar por Koenigstein el Elba, mientras enviaba á la caballería de Latour-Maubourg á repararlo por Dresde, con el fin de engañar al príncipe de Schwarzenberg y de persuadirle que todo el ejército francés iba á desembocar

por este último punto. Asi tendria mas de cuarenta mil hombres en Dresde y ciento veinte mil en Pirna, para formar el estuche, dentro del cual queria coger al ejército coaligado. Para estar mas seguro de la custodia del Elba, de cuya corriente convenia hacer un obstáculo insuperable, no se contentó con la mitad de la division de Teste y con la caballería de Latour-Maubourg distribuidas entre Koenigstein y Dresde, sino que ordenó al mariscal Saint-Cir que despachara la caballería de Lheritiér y dos batallones de infantería, para que fueran á guardar á Meissen, distante ocho leguas de Dresde, á fin de que cuando estuviera acorralado sobre esta ciudad el enemigo, no encontrara paso por mas abajo. Finalmente habiendo reblandecido los caminos la lluvia, siendo difícil juntar barcas entre Koenigstein y Lilienstein, y estando fatigadas las tropas, creyó Napoleon poderlas dar un dia de descanso sin comprometer cosa alguna, pues todo parecia tranquilo en torno de la capital de Sajonia. Por tanto determinó que Vandamme no pasara el Elba entre Koenigstein y Lilienstein para asaltar el campo de Pirna hasta la caída de la tarde del 26 de agosto.

Desgraciadamente durante este tiempo se empezaban á turbar los ánimos en Dresde, al ver cómo se desplegaban las masas del ejército coaligado. Del 23 al 25 no se descubrió mas que la primera columna, la que habia seguido la calzada de Peterswalde. Se presentaron á su vez en los dias siguientes las demás columnas, y las alturas de Dresde aparecieron cubiertas de tropas. No faltaba á esta reunion mas que la última columna austriaca, la de Klenau, que habiendo marchado por Carlsbad

y Zwickau, tenia que andar mas largo camino para asomar encima de Dresde. Acudidos sobre el terreno los consejeros de Alejandro, se dividieron en opiniones como de costumbre, y los mas atrevidos, con el general Jomini á la cabeza, al ver las tres divisiones de Saint-Cir en la llanura, aconsejaron caerles encima, para entrar en Dresde detrás de ellas y destruir de un solo golpe todo nuestro establecimiento sobre el Elba. Sin duda era la proposicion seductora, y consultado Moreau respondió con su habitual seguridad de juicio, que se tendria razon en hacer esta tentativa, si Saint-Cir fuera capaz de aguardar al descubierto el choque de masas enormes, y si no tuviera nada á su espalda, ya en obras de defensa, ya en reservas de tropas, si bien, no siendo de suponer esto, seria grave exponerse á un revés al principio de las hostilidades. En medio de este conflicto, dijo el príncipe de Schwarzenberg que en todo caso convenia dilatar un dia la empresa, por no haber llegado aun su cuarta columna. Al dia siguiente 26 de agosto se remitió la adopcion del mejor partido.

Esta acumulacion sucesiva de tropas coaligadas en torno de Dresde se descubria desde lo interior de la ciudad, y causaba alli cierta especie de terror. Mensajes tras mensajes se dirigieron á Napoleon para estrecharle á acudir en persona al frente de todas sus reservas, á fin de rechazar el tremendo ataque con que se sentian amenazados. En respuesta á tales instancias envió á Murat, quien despues de un reconocimiento, en que estuvo á pique de caer prisionero, corroboró la presencia de un ejército muy numeroso, manifestando la intencion de atacar á Dresde, y nada mas pudo ver porque no

conocia las defensas de la ciudad, ni tampoco era capaz de emitir un dictámen bien ilustrado sobre su valia. Cada vez mas solícito Napoleon por acudir con socorros, y negándose á abandonar un plan del cual esperaba resultados inmensos, escribió al mariscal Saint-Cir detallándole de nuevo sus medios defensivos, consistentes en un campo atrincherado compuesto de cinco reductos y vastos terraplenes, en el antiguo recinto de la ciudad rehecho por medio de un foso lleno de agua y de fuertes empalizadas, y por último en las barricadas construidas al emboque de todas las calles, y le dijo que, tomado el campo atrincherado quedaba el recinto, despues del recinto los emboques de las calles barricadas, y que treinta mil hombres bien mandados debian defenderse alli de seis á ocho dias, y hasta quince, si eran muy resueltos.—Un hombre menos hábil, si bien mas adicto que el mariscal Saint-Cir, prometiera defender la plaza mientras le quedara un soldado, y cumpliera su palabra, porque la salvacion de Francia y su grandeza dependian en esta coyuntura de una resistencia tenaz de cuarenta y ocho horas. Por desgracia, temiendo el mariscal contraer compromisos temerarios, se contentó con escribir que haria cuanto estuviera de su parte, aunque no podia responder de nada en presencia de las masas enemigas de que se veia rodeado (1). Cuando ofrecia hacer cuanto estuviera de su parte, se podia tener por seguro que cumpliria su promesa, y que en cuan-

(1) Hasta ahora se han referido estos sucesos incompleta ó inexactamente, y con una lisonja ó una denigracion respecto de Napoleon que han alterado la verdad. Jamás ha sido bien determinada su gran concepcion, la de

to estuviera de su parte seria una defensa tan tenaz como inteligente. Pero tan grande era el interés de la conservación de Dresde que, descontento Napoleón de la reserva de este mariscal, hizo partir á su oficial de ordenanza Gourgand á dicha ciudad con el encargo de verlo todo, de oír á todos, y de tornar acto continuo al galope, á fin de que pudiera tomar su resolución con perfecto conocimiento de causa.

El jefe de escuadrón Gourgand, oficial bizarro y agudo, no tenía un juicio bastante frío para desempeñar bien semejante encargo. Cuando llegó á Dresde en el curso del día 23 de agosto, se hallaban alarmadas la población y la corte. Hasta los mismos generales comenzaban á perder su sangre fría y por donde quiera reinaba la mas viva ansiedad. En tropel se abandonaba por las gentes la ciudad principal, llamada ciudad vieja, que, hallándose situada á la margen izquierda del Elba, estaba expuesta á los ataques del enemigo, para dirigirse al arrabal de la orilla derecha, llamada ciudad nueva. Allí se prepararon los alojamientos del monarca y de Mr. de Basano: aun los mismos magistrados se trasladaron al propio sitio; y la población entera imitaba su ejemplo, sin saber donde se hospedaría. Se comprende que esta infeliz población se espantara ante un ataque de doscientos mil hombres y de seiscientas bocas de fuego, y que deseando, como alemana que era, el triunfo de los coaligados,

desembocar por Koenigstein, á causa de no conocerse su correspondencia. En esta correspondencia y en la atenta lectura de las órdenes y de las contestaciones, se funda la relación que va á ser leída, y se puede contar con su cabal exactitud.

no lo deseara al presente, y pidiera el socorro de Napoleón á voz en grito. Propenso á turbarse el monarca y rodeado de una familia numerosa tan tímida como él, se encontraba especialmente poseído de susto. El mariscal Saint Cir y el general Durosnel, encargados de la defensa, uno como jefe del cuerpo 14.º, otro como gobernador de Dresde, acosados á preguntas por el oficial de ordenanza Gourgand, no le parecieron convencidos de la fuerza de la posición, y le hicieron un relato poco adecuado á tranquilizar á nadie. Este oficial, cuyo espíritu se inflamaba con facilidad suma, volvió á partir al galope la tarde del 23. Llegó á Stölpen á las once de la noche, trazó la mas viva pintura de los peligros que amenazaban á Dresde, hasta el punto de quebrantar el juicio de Napoleón habitualmente tan firme, y de hacerle olvidar las poderosas consideraciones que habia presentado al mariscal Saint Cir por sí propio. Efectivamente, Napoleón no necesitaba mas que dos dias para bajar por Koenigstein sobre las espaldas del enemigo, y de todos modos no era posible que Dresde no resistiera dos dias, teniendo que oponer á los asaltadores el campo atrincherado, el recinto de la ciudad y las embocaduras de las calles fuertemente barradas. Aun suponiendo que sucumbiera la ciudad vieja, se podía tener por seguro que no sucumbiría la ciudad nueva situada á la orilla derecha del Elba, con tal de que se quemara el puente de madera la mayor parte, y que por tanto siempre se hallaría el enemigo en un verdadero callejón sin salida, é indudablemente se le precipitaria á un abismo, desembocando sobre sus espaldas. Sin embargo, el sacrificio de la ciudad vieja era cruel ba-

jo el aspecto humanitario, fatal bajo el aspecto político, pues equivalía á hacer nuestra alianza muy funesta á Sajonia, y Napoleón no consideraba aceptable este recurso extremo de defenderse en la ciudad nueva. Por lo demás, aunque tuviera su plan muy en el alma, y aunque ninguna otra combinación igualara su grandeza y sus resultados probables, le quedaba una combinación distinta y fecunda también en consecuencias, y consistía en no lanzar por Koenigstein toda la masa de sus fuerzas sobre las espaldas del enemigo, sino tan solo al general Vandamme con sus cuarenta mil hombres, y en desembocar directamente á la cabeza de cien mil sobre Dresde. De positivo, dueño Vandamme del campo de Pirna, á caballo sobre la calzada de Peterswalde, cayendo sobre los coaligados vencidos delante de la capital de Sajonia, les debía hacer sufrir enormes destrozos, pues cogeria á todos los que trataran de pasar nuevamente por Peterswalde, y arrollaria á los demás sobre caminos mal expeditos donde fuera muy difícil la retirada. Este nuevo plan sin duda presentaba menores ventajas, pero aun las prometía muy grandes, y era menos aventurado, pues, juntando Napoleón en Dresde cerca de cien mil hombres, salvaba la ciudad, le proporcionaba el medio de batir al enemigo bajo sus muros, y además tenia á Vandamme emboscado en Koenigstein para completar la victoria y sacar sus últimas consecuencias. Así decidióse por este plan menos vasto, si bien mas seguro; y de este modo, mas audaz que nunca en política, lo fué menos que de costumbre en punto de guerra, debiendo suceder á la inversa, pues cuanta menos fuese la prudencia que en política habia acredita-

do, mayor audacia debia ostentar en sus operaciones militares, habiéndose colocado en la necesidad de alcanzar triunfos inauditos ó de perecer sin remedio. ¡Pero singular contraste! Napoleón se mostraba personalmente desconfiado de la fortuna, en el momento en que, negándose á la paz, le habia entregado su existencia toda.

Abrazado su partido á media noche, con una celeridad que no le abandonaba nunca, dictó sus órdenes en un instante. A Dresde envió su vieja Guardia llegada ya á las cercanías de Stolpen, la caballería de Latour-Maubourg llegada igualmente á este punto, la media division de Teste dejada á la orilla del Elba, y les recomendó que marcharan toda la noche para estar en Dresde á la punta del dia, cruzar los puentes, é irse á situar detrás del cuerpo del mariscal Saint-Cir. Iguales instrucciones dió á la Joven Guardia y al mariscal Marmont, que aun estaban sobre el camino de Bowenberg, y al mariscal Victor, que habia abandonado á Zittau con el fin de trasladarse á Koenigstein. Al mismo tiempo trazó al general Vandamme cuanto debia ejecutar á otro dia. Con sus cuarenta mil hombres habia de cruzar el puente echado entre Lilienstein y Koenigstein de antemano, de desembocar sobre la orilla izquierda del Elba, de asaltar el campo de Pirna, de señorearlo, y de atravesarse de por medio en el camino de Peterswalde: A estas instrucciones añadió el auxilio de un consejero de luces, el del general Haxo, a quien encargo que sirviera de guia y de mentor al bullicioso Vandamme. Expedidas las órdenes todas, tomó Napoleón algunas horas de descanso, y al asomar el dia, se encaminó al galope hácia Dresde. Allí estuvo á eso de las

nueve de la mañana del 26 de agosto, primero de los dos días justamente célebres.

Al poco descubrió una batería, que desde la orilla derecha del Elba debía disparar sobre la orilla izquierda menos elevada que la otra, á fin de apoyar la extremidad de la línea del mariscal Saint-Cir. Dispuso que se reforzara y situara lo mas ventajosamente posible, y luego entró en Dresde seguido por los bizarros coraceros de Latour-Maubourg. Al verle fué extremado el entusiasmo entre las tropas y los habitantes. Un hospital de heridos franceses habia cerca del gran puente de piedra, y en sus alrededores solian estar los convalecientes, viendo trabajar á sus camaradas en las obras de defensa. Al descubrir á Napoleon estos jóvenes, arrastrándose como podian sobre sus miembros mutilados, agitando unos sus gorras, otros sus muletas, prorrumpieron en gritos de *viva el emperador!* con un verdadero fanatismo militar. Obligados á recibirle como á su salvador los habitantes, le saludaron con iguales voces, pidiéndole que amparara á sus mugeres y á sus hijos contra los horrores de la guerra. A mayor abundamiento la postrera morada que hicieron en su territorio los coaligados, y especialmente los rusos, casi les reconciliaron con los franceses, que los trataban con mucha menos dureza. Ya algunas balas caidas sobre el puente y sobre la Plaza Mayor les advirtieron del peligro, y Napoleon se les presentaba en este instante como su libertador verdadero. Dirigióse á la mansion del rey de Sajonia para tranquilizarle, le instó vivamente á no sentir zozobra sobre el éxito de aquella jornada, y luego se trasladó al frente del campo atrincherado, con el fin de

unirse al mariscal Saint-Cir que estaba á la cabeza de sus tropas, y tomaba sus disposiciones tácticas con su habilidad de costumbre.

Ya hemos dado una primera idea de la situacion y configuracion de Dresde. Se halla la ciudad principal á la izquierda del Elba, y por tanto cuando se llega de las orillas del Rhin es la primera que se descubre. Una série de alturas, desprendidas de las montañas de Bohemia, envuelven á la ciudad y forman en torno una especie de anfiteatro. Sobre este anfiteatro se encontraban los coaligados procedentes de Bohemia para cogernos por la espalda. Asi la tenian vuelta á Francia, como si llegasen de este punto, y nosotros á Alemania, como si estuviésemos encargados de pelear por ella. Pegada á la ciudad Vieja nuestra línea de defensa, presentaba un semicírculo cuyas dos extremidades tenian el Elba por apoyo, la extremidad izquierda en el arrabal de Pirna, y la extremidad derecha en el arrabal de Friedrichstadt. Esta línea consistia primeramente, segun hemos dicho, en cinco reductos construidos en la parte saliente de los arrabales, y enlazados por cerramientos y terraplenes, y esto se llamaba campo atrincherado; despues en el antiguo recinto compuesto de un foso y de empalizadas, y últimamente en las embocaduras de las calles que se habian barreado. En la línea exterior de los reductos habia situado el mariscal Saint-Cir sus tropas. Habiendo quedado su primera division con Vandamme, situó la segunda 43.^a del ejército, en la primera mitad del circuito de la ciudad, partiendo desde la barrera de Pirna hasta la barrera de Dippoldiswalde; y colocó la cuarta, 45.^a, en la otra mitad del circuito que